



El Valor y su origen dentro de la Esencia Humana

(Una mirada al sentido ontológico del valor)

Daniel Vargas Gómez

Universidad de los Andes
Bogotá-Colombia

Introducción

El hombre a lo largo de la historia y en las distintas culturas ha logrado siempre ver en las cosas una realidad que trasciende la fisicalidad, la mera descripción con pretensiones objetivas. Esta realidad distinta que aparece en toda cultura con inexplicable naturalidad ha permitido que no se hable de objetos sin más, y que por otro lado tampoco pueda someterse a las personas a la categoría de objetos sin ser este sometimiento un atentado contra su misma naturaleza.

Esta realidad –y pido que al menos por ahora la llamemos así– que ha sido explicada con simplificaciones empiristas unas veces y otras con complejos edificios metafísicos, es la que ha correspondido muchas veces con los libros de ética en donde se le ha denominado con el nombre de *valor*, y se generaliza en la categoría de *los valores*.

Cuáles sean los valores ha sido una pregunta que con facilidad –al menos eso parece mostrarnos la historia– ha sido respondida por los libros de ética escritos en todos los tiempos. La belleza, la valentía, la bondad, la lealtad, etc., han sido los valores a los que sin mayores diferencias han llegado, o al menos han podido llegar, todos los filósofos y pensadores que han abordado el tema. A pesar de las distintas corrientes de pensamiento, no ha sido problemática la aceptación de dichos valores como tales, sin embargo cuando nos preguntamos sobre qué es aquello que constituye al valor mismo, lo bello por ejemplo, nos topamos ahora sí con una diversidad de respuestas que no sólo cambian con el tiempo sino también con la cultura e incluso me atrevería a decir que hemos llegado a un momento en la historia en donde tal constitución del valor cambia de una persona a otra.

Resulta entonces que toda pretensión de definir qué es aquello que posee valor con absoluta puntualidad y unanimidad ha resultado siempre un ejercicio inútil donde tarde o temprano todo concepto que ha pretendido ser definitivo es cambiado sin miramientos por otro con idénticas pretensiones. Por eso desde ahora debo advertir que este no es un intento más por recorrer este camino. Si bien aunque con esto no busco tampoco desechar los intentos pasados, y presentes para muchos, considero que el estudio de los valores debe dar un giro con el fin de llegarse a entender el papel que juegan para el hombre y su esencialidad o no dentro del proceso mismo del conocer humano.¹

Este proceso de conocer que caracteriza al hombre no sólo parece descubrir realidades sino también de manera automática designar valor a aquellos objetos que aprehende.

¹ Podría pensarse de este escrito un intento por dar con una descripción fenomenológica de los valores. Esta categorización no quisiera ni afirmarla ni desmentirla, porque si bien es posible que haga uso de la fenomenología Heideggeriana en ciertos momentos, mi pretensión es ante todo metafísica y por otro lado no considero tampoco lograr la rigurosidad sistemática e incluso la densidad que se esperaría de un fenomenólogo.

Sucede entonces que *los valores* en la historia parecen presentarse una y otra vez con una naturalidad insospechada. Es justo en esta “naturalidad” donde encuentra nuestro estudio un punto de partida. Adentrarnos en el proceso que se encuentra detrás de esta curiosa naturalidad, es decir, estudiar cómo y de qué forma se nos presentan los valores y hasta que punto nuestro bagaje cultural ha sido responsable de esta constante “valorización” que acostumbramos hacer en nuestro vivir, serán por lo tanto las preguntas a responder.

El Valor y las Cosas-Sentido²

El hombre a lo largo de la historia ha tomado para sí la ardua tarea de construir y destruir conceptos para todo, o al menos para todo lo que pueda pasar por su mente. La creación del concepto, que parte de su encuentro con lo real, tiene como fin hacer objetivo algo que es en principio subjetivo, singular y concreto. Cuando, por ejemplo, nos topamos con una piedra mientras caminamos y la definimos haciendo uso del concepto “piedra” lo que hacemos es volverla comunicable, al punto que podemos referirnos a esta como una piedra más y no como tal o cual piedra que en realidad es, es decir, la despojamos de su realidad concreta, cambiamos ésta piedra, que vemos y sentimos, por una piedra abstracta la cual existe sólo como concepto, pero que a diferencia de la primera podemos comunicarla y hablar de ella de manera objetiva.

Para Aristóteles este concepto objetivo es lo que llamamos esencia, o estrictamente, forma. Y para evitar una mayor divergencia lo cierto es que este proceso que hace parte de nuestra misma intelectualidad no sólo permite toda una gama de posibilidades propias del uso del concepto en la ciencia y la cotidianidad sino que no para allí, va mucho más allá porque el hombre no busca solamente descubrir, definir y reconocer lo real sino también crear dentro de lo real, y en este sentido es que el uso del concepto va más allá de la mera definición del objeto con fines objetivos. El uso del concepto también hace referencia a características que no hacen parte de la realidad objetiva sino que el hombre las pone con un fin práctico.

Hablemos por ejemplo de una silla cualquiera: la realidad primera, la esencia si se quiere de este objeto, es que es uno hecho de algún material sólido, con cierta forma que incluirá las patas, el espaldar, etc., alguna textura, color, etc. Pero para nosotros, más allá que su realidad física, la silla tiene otra cualidad y es que sirve para sentarse. Sin embargo no es que el ser útil para sentarse haga parte de la silla en sí sino que nosotros le hemos “dado” esta cualidad, este sentido implícito. Y es así como las cosas no son para nosotros solamente su realidad objetivable sino que además tienen un sentido, y en este orden de ideas podemos ver no sólo en la silla a una silla, sino en una piedra a una silla, o en el piso, o en una mesa. Cualquiera sea el caso si lo que queremos es que el objeto sirva para sentarse es posible adjudicarle esta cualidad a una variedad infinita de objetos, pero por supuesto la utilidad efectiva y la comodidad serán algo que variará de objeto a objeto. Claro que no debemos pensar entonces que podemos hacer de todo una silla y sin más hacer de toda cosa una distinta y que lo anterior sería sólo una muestra del capricho humano. No podemos negar que lo es hasta cierto punto, pero sólo en la medida en que pretendamos crear objetos, es decir, en la medida en que la capacidad técnica y la creatividad lo permitan, pero cualquiera sea el caso no podremos del modo anterior ver a un perro y tomarlo como silla porque el sentido del perro es definitivamente otro y no puesto por el hombre. Podemos si queremos, sentarnos en un perro –y muy seguramente recibir una mordida de paso–, pero esto no querrá decir en modo alguno que realmente podamos usarlo como silla.

² Comienzo haciendo referencia a Zubirí quien habla de las cosas-sentido para referirse al aspecto formal de un objeto.

Volvamos a esta “realidad” que encontramos, a este sentido, que nos permite hablar de las cosas como cosas-sentido. Es importante entonces sobre esta “realidad” misma comprenderla, porque en ella lo que podemos ver es la expresión del entender humano que está siempre en la búsqueda de orientación con las cosas, con lo que se ha denominado formalmente mundo.

El hombre no queda jamás satisfecho con su conocer previo, quiere siempre abarcar de toda forma posible al objeto y hacerlo suyo.

Es esta búsqueda de apropiación la que lleva al hombre a encontrar utilidad en las cosas, dándoles usos tanto a aquellos objetos que produce como a los que encuentra ya creados. De aquí, como habíamos visto, aparece lo que denominamos cosas-sentido que se refiere justamente a este sentido, en general práctico, que el hombre le otorga a las cosas.

Volviendo a nuestro tema central, los valores, podríamos ver que éstos parecen pertenecer a las cosas del mismo modo como el sentido pertenece a las cosas-sentido, ya que estos son como una característica que le agregamos a las cosas. Y si los valores resultan ser algo similar al sentido en las cosas-sentido, entonces podríamos ver en esta búsqueda de utilidad la puerta a estos valores, que del mismo modo que el sentido arbitrario que le damos a las cosas aparecerían junto con éste para reafirmarlo o llevarlo a la categoría de estimable y de este modo sobre esta misma practicidad diríamos por lo tanto que la utilidad que pueda dársele a cada cosa determina el valor que pueda tener, y en este caso valor y utilidad irían de la mano. Sin embargo ante esta conclusión aparecería la objeción obvia y es que resulta que no podemos afirmar que valor y utilidad sean lo mismo por la sencilla razón que podemos encontrar valor en objetos que son completamente inútiles como lo son un poema o una pintura.

Podríamos en todo caso, sin apartarnos del todo de las cosas-sentido, decir que al hablar de valores quizá estaríamos frente a una forma más compleja o quizá adicional de las cosas-sentido en donde el valor al igual que el sentido sería igualmente puesto a las cosas con alguna finalidad específica. En este caso surge otro problema y es que debemos tener en cuenta que valor y sentido son cosas también distintas. El sentido que le damos a las cosas-sentido tiene como única razón de ser el especificar un fin útil para este o aquel objeto determinado y de esta forma el objeto es únicamente un medio para algo, por el contrario el valor ni determina un fin ni tampoco lo especifica. El valor que pueda tener un objeto resulta en un fin en sí mismo. Es así a tal punto que no sólo podemos buscar que al crear un objeto este sea valioso, y olvídense por supuesto toda referencia económica, sino que efectivamente ésta es en particular la pretensión del artista más que la del dueño de la fábrica cuyo único interés es crear objetos útiles sean o no estimables en sí mismos. Es justamente por el hecho de ser fines en sí mismos que, de forma similar al artista con su obra, todo hombre está en búsqueda de valor para sí mismo. Todo hombre necesita –y en eso consiste a grandes rasgos el autoestima– ser reconocido por él mismo y por los demás como una persona valiosa.

Por lo tanto tenemos además que a diferencia del sentido, útil en particular, que le damos a las cosas-sentido los valores pueden ser –y permítaseme el uso de vocabulario poco apropiado pero muy dicente con fines expositivos– “usados” como “predicados” tanto de objetos como de personas ,y más aún, muchos con exclusividad pueden usarse sólo cuando se habla de personas. Por el contrario el sentido útil propio de las cosas-sentido no puede sino referirse a cosas con exclusividad.

Siendo esto así podemos decir entonces con seguridad que el valor no es en ningún momento una forma voluntariosa de apropiación de las cosas como lo es el sentido en las cosas-sentido; ni pretende un fin práctico ni es, por esto mismo, igualmente arbitrario.

Habíamos dicho que este sentido arbitrario, que parecía como agregarse a las esencia de las cosas, pretendía dar una funcionalidad a las cosas y por tanto encontraría su razón de ser en la discrecionalidad humana. Podemos decir partiendo de esto mismo que si le quitamos este sentido a las cosas quedaría entonces lo que podríamos denominar su nuda realidad, aquella realidad que existiría anterior a toda apropiación humana. Sin embargo si tomamos un objeto al que consideramos valioso, una pintura por ejemplo, donde encontramos belleza, y decidimos sobre este el despojarlo de valor, el resultado que obtendríamos no es en verdad distinto a lo que sucedería con las cosas-sentido en donde simplemente tendríamos un objeto sin más. Si bien aquí podría pensarse que tanto el valor como las cosas-sentido vienen siendo una agregación sobre una esencia determinada la verdad es ciertamente otra. Si miramos la silla en su concepto resulta que la silla como habíamos visto posee ya en su concepto la cualidad de servir para sentarse. Si por el otro la tomamos una pintura, resulta que la pintura en su definición, en su concepto más completo, es un lienzo cubierto pintura, con determinada forma o sin ella, etc., y en fin en esta que sería su descripción no encontraríamos por ningún lado a la belleza y esto es porque en principio una pintura *no es bella*, es decir, no toda creación pictórica es bella, no todo poema es armonioso y no todo hombre es valiente. De modo que tenemos que la belleza no es tampoco parte de la esencia de una cosa, pero a pesar de no poder decir que el valor es esencial a diferencia del sentido artificial de los objetos útiles no podemos tampoco en todo caso afirmar que el valor es un agregado a la esencia de las cosas al modo de las cosas-sentido y por lo tanto debemos seguir buscando su origen, su aparición dentro del objeto, o mejor, dentro del ente mismo donde se encuentren.

La Esencialidad del Valor

Siendo que encontramos que el valor no puede simplemente predicarse de todos los miembros de una misma especie con sólo predicarse de uno solo de ellos, determinamos entonces que el valor es por lo tanto ajeno a la esencia y a la naturaleza del objeto.

Ahora debemos seguir adelante, pero para eso tenemos que dejar como única referencia el concepto Aristotélico de esencia y pasar de lo general a lo particular. De un modo más claro, si bien decimos de todo hombre que es mortal, racional, risible, etc., no por esto podemos decir sin más que todos los hombres son iguales, y esto en todo sentido, no sólo existen diferencias en el ámbito del alma y el espíritu sino que la propia fisicalidad en cada uno es distinta. No lucimos igual todos, y las células de uno a pesar de su idéntica composición molecular no *son* las mismas que las de otro. Nuestro cuerpo al igual que nuestra alma es distinto al de los demás. No quiere decir esto que no todos seamos hombres, sino que la singularidad de cada uno no es sólo numeral sino que es en verdad fundamental para comprender al hombre mismo, y que si bien la esencia de hombre como la tomábamos antes se encuentra ciertamente presente en todos resulta que es el individuo el que posee esencia y no la especie y por tanto para hablar de esencia debemos hablar únicamente de individuos.

Es sólo en esta particular individualidad que son posibles los valores porque el valor, que es un estimable, no generaliza sino que especifica y destaca. Es el hombre que posee valentía el que sobresale, el que es merecedor de una particular estima que no poseen sus congéneres que carecen de este valor, es la pintura hermosa la que se destaca igualmente por encima de las que no lo son y así con todo ejemplo que queramos pensar.

Los valores por tanto sólo tienen sentido en un mundo de particularidad, de individualidad; si estuviéramos en una línea de producción viendo objeto tras objeto siendo enteramente iguales, todos nos resultarían lo mismo, valdrían lo mismo, su singularidad es puramente material, por el contrario si estuviésemos en el mundo de los ángeles descrito por Santo Tomás, donde en cada ángel se agota la especie y cada uno es enteramente distinto al otro, entonces esa particularidad sería ya en sí misma un valor y todo lo que hiciera a cada ángel distinto del otro sería verdaderamente especial, único y por ende merecedor de estima.

Podría preguntarse con lo visto hasta el momento si mas bien el valor resulta no ser un bien en sí mismo sino apenas una forma de exaltación del accidente, una forma particular y caprichosa del hombre de juzgar al accidente donde unos serían estimables y otros no y por lo tanto nos veríamos forzados a aceptar que el valor no sería sino una forma artificial cuyo fin sería diferenciar entre cosas que son lo mismo esencialmente, pero que por su individuación material son propensas al accidente y de este modo la virtud del valor recaería en una pura arbitrariedad; al no poder juzgar por la esencia, se juzga por el accidente que es lo único particular a cada individuo. De ser así, los valores que estimamos serían una pura escogencia, incluso azarosa, de cada cultura y podríamos decir tendrían sólo una connotación negativa al pretender dividir entre bueno (lo que posee valor) y lo malo (lo que carece de valor) sobre cosas que son en esencia iguales.

Nuestra objeción a esto por supuesto es que estaríamos en este caso cayendo de nuevo en una definición puramente aristotélica de la esencia donde la única individuación posible es material, de ahí la existencia del accidente. Debemos anotar con firmeza que la individuación no es accidental, no somos distintos en lo accidental sino en lo esencial, somos esencialmente distintos. A pesar de poseer una estructura genética similar al punto que permite la reproducción, no por esto somos entes idénticos.³

No es la coherencia genética y fisiológica la que determina una esencia. La genética y la fisiología del individuo hacen parte de su esencia, pero no es a partir de estas que se categoriza una especie- a la manera en que efectivamente se hace en biología.

Todo hombre es un animal sí, y por tanto su expresión biológica se da en una especie que comparte una estructura física y tiene la capacidad de reproducción, pero esto no va en contra de la esencia como fundamentalmente individual. En últimas todos somos lo mismo, pero no el mismo.

Volviendo a los valores sería justo todavía preguntarse ¿qué es entonces lo que hace que algo sea estimable? Y es que a pesar de la individuación esencial, esta por sí misma no nos dice nada acerca del valor en sí y esto porque no toda expresión individual nos resulta estimable.

Supongamos que nos encontramos frente a una pintura que consideramos bella. El encuentro que tenemos con la pintura como con cualquier realidad resulta revelador de la misma, es decir, la pintura afirma su realidad. Nuestros sentidos reciben toda la información material de esta y junto con esta información parece que percibimos igualmente la belleza. Resulta verdaderamente imposible diferenciar entre la certeza con que percibimos los colores, el lienzo, etc., y aquella con que percibimos lo bello en el cuadro, tanto así que podemos usar la palabra “percibir” para hablar de la manera en que nos damos cuenta de lo bello. La belleza parece emanar del cuadro, parece pertenecer de suyo a este.

³ Si no existiera hoy en día tanta profundidad acerca del conocimiento anatómico y biológico creo que sería mucho más fácil de comprender esta idea.

Cuando reconocemos –y es que es un verdadero reconocer– belleza en una pintura no podemos pensar en este como distinto de lo bello o si se quiere despojado de la belleza, es decir, no simplemente viene nuestro pensar a agregar la belleza al cuadro sino que en la realidad del cuadro aparece ya la belleza con igual firmeza que cualquiera de sus cualidades físicas, pero téngase bien en cuenta que en este caso no hablamos de la belleza como esencial a “la pintura” sino como esencial a tal o cual pintura, y en este sentido es que resulta el trabajo del artista como creador de belleza, de sublimidad o de cualquiera que sea el valor que encontremos. Cabe sin embargo aún preguntarse por la arbitrariedad de los valores, ¿qué determina que algo posee o no un valor? Quizá especialmente la belleza que no sólo parece encontrarse en los ojos de quien la observa sino que incluso, en el caso del arte, este resulta de una lejanía tal para la mayoría que no sólo no despierta interés por que tenga o no belleza sino que es ya bastante difícil que despierte incluso curiosidad. ¿Acaso resulta entonces que lo bello no es reconocible por todos, o por algunos sí y por otros no? Más que entrar en profundidad sobre lo que sea o no bello, o lo que sea o no arte, resulta cardinal adentrarnos primero en esa búsqueda de estima que se encuentra en el hombre, esa manera en que el hombre encuentra el valor, sin aún mirar si lo encuentra como individuo antes que como sociedad.

¿Cómo y de qué forma aparece esta estima y por qué?

El hombre en su misma manera de relacionarse con el mundo descubre a los demás su propia esencia, esencia que se manifiesta en su forma particular de sentir, conocer y desarrollarse dentro del mundo. El hombre es apenas capaz de un limitado conocer, y me refiero no a su limitación cuantitativa o mensurable de conocimiento, sino a su limitación esencial, a esta dependencia del objeto y del tiempo para conocer. El ser humano para conocer necesita siempre del objeto mismo, de la materialidad misma del objeto, sin esta no podría usar sus sentidos y sin estos le sería imposible conocer. La mundanidad, en términos Heideggerianos, es principio fundamental que determina el conocimiento humano, y como sólo dentro de esta mundanidad puede el hombre ser hombre, resulta entonces que la contingencia y la temporeidad hacen también parte de la limitación humana en la medida en que no podemos simplemente aprehender un objeto sino que debemos tomarlo por partes, investigarlo y conocerlo poco a poco, mejor a medida que le dedicamos tiempo.

Dentro de este mismo conocer el hombre encuentra adicionalmente que el proceso mismo del conocimiento y la manera en que se nos da el objeto resultan en sí mismos momentos importantes, y de forma específica momentos que revelan estima en la medida en que el despliegue de las habilidades humanas, de su originalidad y de reconocimiento de su ser resultan traer consigo la posibilidad de crear hasta cierto punto “realidades” adicionales a la esencia, y estas “realidades” –que sólo debemos llamar así por conveniencia– serían entonces lo que conocemos propiamente como estimables.

Permítaseme ahora ahondar en este punto un tanto oscuro. Cuando cualquier hombre de ciencia decide investigar sobre un objeto o fenómeno el fin de esta investigación es el descubrimiento o profundización sobre alguna nueva realidad, sin embargo aquel científico en su búsqueda despliega para esta sus habilidades intelectuales y físicas. Este despliegue y aquello que se perseguía son cosas distintas. Aquel despliegue que es apenas la expresión de la mucha más rica realidad ontológica, sin ser en sí mismo una realidad es sin embargo “algo” y este algo es sencillamente valioso, estimable.

Claro que podría decirse que en el caso del artista el valor que busca si sería su pretensión inicial, pero debemos anotar que por más talento o experiencia que pueda tener un artista este no podrá jamás asegurar que su obra será bella. Podrá solamente trabajar sobre realidades físicas esperando encontrar mediante su despliegue artístico que estas no sólo terminen mostrándose a sí mismas sino que

junto con ellas logren adicionalmente expresar valor. Del mismo modo podríamos decir que aquel hombre al que llamamos valiente o leal no pretende con sus acciones la valentía o la lealtad, el fin de estas será quizá salvar la vida de otro o en fin, cualquiera que este sea, lo que veremos es que el valor que pueda tener aquella persona le vendría como algo adicional sobre aquello que busca, y será siempre valor en la medida en que sea la expresión de su propio ser, el despliegue de sí mismo por algún fin.

Así es, pues, que hemos dado con que la aparición de los valores se da como una manera del hombre de reconocerse a sí mismo en sus momentos de plenitud, del despliegue de su ser en el sentido más puro. Es así como los valores se originan en la misma forma de ser del “ser-ahí” que es el hombre quien como vimos no simplemente inventa valores a su gusto sino que en principio sólo los reconoce como tal en la medida en que considera estimables las expresiones de la realidad humana.

Teniendo esto claro sólo faltaría aproximarnos sobre las expresiones mismas de valor y preguntarse acerca de su contingencia o no y del contenido cultural que pueda determinar o no su grado de estima.

El Valor y la Cotidianidad

Hasta el momento nos hemos referido a los valores como momentos “especiales” de la realidad humana. Momentos de realidad que parecen estar cubiertos por una cierta originalidad y estima a las que se les da el nombre de valores.

A pesar de estar o no enteramente de acuerdo con lo expuesto anteriormente lo cierto es que en la cotidianidad los valores se presentan como algo de lo más común, no el sentido digamos de poder afirmar que todo y todos nos resultan valiosos, sino en que en el vocabulario de toda persona los valores aparecen sin excepción alguna al punto de resultar completamente familiar hablar de ellos para cualquiera.

Es justo entonces preguntarse hasta que punto sería esto, más que una expresión de la realidad ontológica del ser humano, una pura convención creada por una sociedad quien simplemente, como por inercia, absorbe los conceptos y los vacía de todo contenido haciendo de ellos mero uso social sin ningún otro fin al de servir como formas del lenguaje.

Sería ingenuo pretender que los valores despertaran en todos el más profundo ejercicio de reflexión y que no existiera por tanto un cierto abuso de los términos o incluso una completa relajación mental a la hora de usarlos. Seguiría siendo cierto en todo caso que esto ni le quita ni le pone a aquella realidad compleja que representan los valores tanto para cada persona como para la sociedad entera. Si bien hasta el momento hemos hablado de los valores haciendo referencia exclusiva a la subjetividad del individuo como forma que los posibilita y reconoce, lo cierto es que no deja de ser verdad que los valores en una sociedad juegan un papel de gran importancia al ser estos los que en últimas mantienen a flor de piel la sensibilidad humana dentro de esta misma sociedad. Y es que no se trata de ver los valores como un referente moral y de modelo de vida. Aunque sin duda alguna esto es cierto, debemos percatarnos de lo importantes que resultan los valores para mantenernos sensibles frente a la realidad que nos rodea, frente a la circunstancia particular que podemos vivir. Una sociedad que permite y fomenta el reconocimiento del valor en y por parte de sus miembros es una sociedad que se mantiene a sí misma en constante renovación, que no se duerme.

En todas las épocas el hombre ha mantenido en cada circunstancia una sensibilidad particular por ciertos saberes y haceres y por esto mismo por ciertos valores. No se trata de un borrón de memoria frente a las demás sino más bien de un

cambio en la sensibilidad particular que se generaliza a través de la cultura. En su momento los Griegos tuvieron una sensibilidad particular por la política y por la virtud de sus gobernantes, en la edad media podríamos hablar de una sensibilidad especial por la religiosidad y el valor de la vida contemplativa, la austeridad y el fervor religioso, más adelante encontramos un interés especial por la técnica y la tecnología donde el trabajo recibe un estima particular, y en fin en toda época, en toda cultura, aparece siempre una sensibilidad especial por ciertos saberes y por ciertos valores, sin necesariamente con esto decir que los demás simplemente desaparezcan, diríamos para el caso que sencillamente se ven degradados en la escala de los valores. También muchas veces el valor mismo parece cambiar, renovarse o ampliarse. Por eso es que cuando vemos una madonna de Rafael y un retrato de Picasso podemos encontrar belleza en ambos. Por supuesto que no serán bellos del mismo modo, como no resultan bellos del mismo modo un hijo a una madre que una novia para su prometido, pero esto no quiere decir que ambos no lo sean.

A pesar de lo mucho que parecen variar las preferencias de la sociedad, inclinándose por determinados valores y no por otros, lo cierto es que no desaparecen los demás, estos sólo se encuentran como rezagados, como hechos a un lado de forma momentánea, como esperando a una nueva ola de hombres que le den un giro a la cultura.

Juzgar sobre qué valores deben mantenerse siempre por encima de otros o cuáles sean “mejores” que otros es una tarea que resultaría infructuosa por el innegable peso que tiene nuestra circunstancia particular sobre nosotros mismos, y la absoluta imposibilidad de poder comprender verdaderamente la de aquellos que vivieron antes que nosotros o la de los que lo harán en un futuro. Sin embargo no resulta difícil comprender porqué la fijación por unos o un valor por encima de los demás resulta en algo así como un “desbalance” en la sensibilidad de la sociedad. A pesar de negarme a crear una jerarquía de los valores, me atrevería a decir que las virtudes humanas deben siempre estar presentes ya que la sensibilidad frente a nuestro hacer es y será siempre determinante sobre nuestro futuro como sociedad y sobre el juicio que culturas que hay y habrá harán sobre nuestro papel en la historia.

Por lo tanto, sólo nos resta esperar que en nuestra circunstancia actual no perdamos la sensibilidad por completo, y por sobre todo sea cual fuere esa circunstancia, estará siempre en nosotros como individuos el reconocimiento y la vida misma de la expresión humana, de su originalidad y de su estima.